

Implicaciones de la pandemia para las dinámicas político-económicas en Malí: nuevos retos frente a las injusticias sociales y las dinámicas geopolíticas de la región

Adriana Franco Silva

Introducción

La pandemia del covid-19 puso en evidencia las desigualdades sociales del sistema en el que vivimos. Así, aunque el virus se propagó en prácticamente todos los territorios del mundo, la manera en la que las diversas poblaciones hicieron frente a la enfermedad fue diferenciada. Malí, que se ubica en la región occidental del continente africano, es uno de los países que permiten observar las formas en las que las injusticias sociales se profundizaron como consecuencia de la pandemia, pero también de las maneras en las que sus implicaciones se interrelacionaron con otras dinámicas sistémicas, como la crisis socioecológica y la disputa intercapitalista.

El caso maliense también permite analizar las alternativas que surgieron desde las cotidianidades y territorialidades no ancladas a las estructuras estatales-cerradas, las cuales no solo garantizaron la subsistencia de grandes sectores de la población maliense, sino que también se configuraron como propuestas para generar un sistema que se centre en la

vida y no en la acumulación de capital. De esta manera, en este texto se estudiarán los efectos más significativos del covid-19 en Malí, haciendo énfasis en la profundización de las injusticias sociales. Asimismo, se estudiarán las estrategias locales que hicieron frente a las desigualdades estructurales en el contexto de la pandemia, resaltando la relevancia de las economías de subsistencia/móviles para la reproducción social y de la vida.

El Estado de Malí es una república semi-presidencial que desde 2012 se ha enfrentado a sucesivos cambios políticos, debido tanto a las dinámicas internas de los grupos opositores como a los intereses de actores extranjeros en la región noroccidental del continente africano. La crisis político-económica del país se ha acompañado de la expansión y presencia de grupos terroristas en el espacio nacional, lo cual, junto con los efectos de la pandemia del covid-19 y la crisis socioecológica han producido una recesión de la economía, un incremento de la deuda (Banco Mundial, 2021), un aumento de la violencia contra las mujeres y las niñas, y un despliegue de la violencia militar en el país, particularmente en la frontera con Níger y Burkina Faso (ACLED).

El Estado que se constituyó a partir de las historias de la grandeza del imperio de Malí —que concentraba riquezas y controlaba rutas comerciales a lo largo del Sahel (Niane, 1985)— se encuentra actualmente en una situación complicada tanto para los flujos económicos, como para el desarrollo de los negocios y la agricultura, los cuales se han visto alterados por la disminución de los precios internacionales. En general, de acuerdo con diversos informes, las medidas adoptadas por el Estado frente a la crisis sanitaria no fueron suficientes ante la convulsa realidad, lo cual ha afectado de manera directa a las poblaciones locales. Sin embargo, las poblaciones no han sido pasivas y se han organizado para sobrevivir y exigir cambios gubernamentales.

En este capítulo se pretende identificar los principales efectos del covid-19 en las dinámicas sociopolíticas de Malí y algunas de las estrategias locales para hacer frente a

la profundización de las desigualdades estructurales con la pandemia. Para eso, primero se analizará, de manera breve, el proceso histórico de Malí. Posteriormente, se estudiarán las políticas públicas gubernamentales frente a la pandemia y sus principales implicaciones para el mercado laboral, los negocios y las poblaciones del país. Además, se examinará de manera particular la agudización de las violencias en contra de las mujeres y las niñas. Finalmente, se vincularán las consecuencias socioeconómicas de la pandemia con las dinámicas geopolíticas y la movilización social y militar dentro de Malí.

Del Estado “democrático” a la persistente inestabilidad

El territorio que actualmente conocemos como Malí fue colonizado por las fuerzas francesas a finales del siglo XIX. Sin embargo, antes de este periodo, Malí fue habitado por diversos grupos socioculturales. Entre los siglos XI y XIII la región occidental del continente africano fue reconocida por la existencia de un gran imperio que regulaba el comercio de la región: el imperio de Malí. El reino de Malí tuvo una compleja estructura económica, política, social y cultural. Fue conocido por sus grandes construcciones de barro, por su relevancia para el control de los flujos comerciales de la región, por sus actividades económicas y porque concentraba una cantidad significativa de recursos auríferos (Niani, 1985).

La historia de este reino ha sido recuperada a través de diferentes fuentes históricas, entre las que destacan tradiciones orales como la épica de Sundiata, fuentes escritas árabes y portuguesas, pero también fuentes cartográficas. De hecho, el *Atlas Catalán* de 1375, atribuido al geógrafo Abraham Cresques y regalado al rey francés Carlos VI, representa la grandeza de este imperio con la imagen de un dirigente negro que sostiene una pepita de oro en la mano. En el mapa también se representa una gruesa hebra de oro que podría hacer referencia a las rutas comerciales que se dirigían a Asia

(Berkeley University). Por su parte, en los relatos escritos y orales se destaca que los dirigentes del reino de Malí se convirtieron al Islam y se menciona que cuando Mansa Musa, el rey Musa, uno de los mansa del imperio, hizo el peregrinaje a La Meca desestructuró la economía egipcia por la cantidad de oro que distribuyó entre las poblaciones (Niane, 1979, p. 61).

Sin embargo, ya para el siglo XIII el debilitamiento del reino de Malí era evidente. Años después, su sucesor, el imperio Songhay entraría en contacto con los esclavizadores y colonizadores europeos. Para finales del siglo XIX, el territorio que actualmente conocemos como Malí y los espacios aledaños serían transformados en una colonia francesa agrupada bajo el nombre de África Occidental Francesa. Las resistencias de las poblaciones locales frente a la intrusión colonial fueron constantes. Empero, hasta 1960 el país alcanzó su independencia con Modibo Keita como primer presidente.

Los nuevos Estados independientes mantuvieron muchas de las estructuras coloniales, por lo que a partir de ese momento se reforzaron las fronteras territoriales y se inventó la nación maliense. Una de las consecuencias del establecimiento de esos límites territoriales fue la regulación del comercio bajo la lógica estatal, que antes se movía de manera libre a lo largo y ancho del desierto. Este comercio era controlado y regulado principalmente por poblaciones nómadas que habitan el desierto (Bensassi et al., 2017, p. 161). No obstante, bajo las dinámicas de desarrollo moderno colonial, se promovió la sedentarización de la población y se afectó de manera directa los modos de vida de grupos como los *tuareg*, quienes se rebelaron contra el gobierno en 1963.

Por otra parte, ocho años después de la declaración de independencia, el militar Moussa Traoré tomó la presidencia de Malí con un golpe de Estado. Traoré permaneció en el poder hasta 1991, cuando el malestar social ya era profundo, en gran medida como consecuencia de las reformas neoliberales. De hecho, los *tuareg* se volvieron a levantar en armas en la región norte, mientras que en el sur el capitán Amado Toumani Touré (ATT), quien tenía vínculos estrechos con

las fuerzas militares francesas, dio un golpe de Estado para derrocar a Traoré. A pesar de esto, ATT fue conocido por la sociedad internacional como el “soldado de la democracia”, porque tras el golpe “permitió” que se llevarán a cabo elecciones. Sin embargo, un elemento que generalmente se omite es que esa decisión no fue exclusivamente voluntaria, sino que respondió a las demandas populares del pueblo maliense y a los acuerdos con países como Francia y Estados Unidos (Moestrup, 1999, p. 176; Hetland, 2007, p. 94).

Para marzo de 1991 se convocó a la Conferencia Nacional con el objetivo de diseñar una nueva constitución, un código electoral y los estatutos de los partidos políticos. Casi un año después, en enero de 1992, se aprobó una nueva constitución, la cual se inspiró en la ley francesa de 1958 y constituyó el régimen semi-presidencial en el país africano. Para las elecciones legislativas se aprobó un sistema electoral de mayorías, mientras que para las municipales se consolidó un sistema proporcional. Ese año, la Asociación por la Democracia en Malí (ADEMA) fue el partido que más lugares obtuvo en la Asamblea Nacional con 73 de los 115 asientos. Por su parte, el líder del partido, Alpha Omar Konaré, consiguió la presidencia con el 69% de los votos (Moestrup, 1999, pp. 177-178).

A partir de ese momento, en los discursos políticos internacionales se resaltaría que Malí había adoptado la democracia y que era un ejemplo para los demás países del continente. Para fortalecer esos discursos y contener las movilizaciones sociales, en 1999 el régimen estableció una reforma para descentralizar el poder. El objetivo era que a nivel local se pudieran realizar elecciones y que las poblaciones se involucraran en las dinámicas políticas de sus territorios. La reforma no fue una idea o proyecto original del gobierno, sino que respondió a las demandas de la población, particularmente de las y los campesinos por la tenencia de la tierra y de las poblaciones tuareg que habitan el norte del país (Hetland, 2007, pp. 92-96).

En principio, la descentralización se ancló en la idea de recuperar una organización política tradicional y pretendió conseguir apoyo basándose en la grandeza del reino de Malí (Pringle, 2006, p. 34)¹. Probablemente, el discurso de Konaré pretendía recuperar al imperio en la construcción del proyecto democrático con el objetivo de fomentar la aceptación del pueblo maliense y el reconocimiento internacional. No obstante, la construcción de la nación basada en este reino excluyó a otras poblaciones que también habitaron el territorio en la época precolonial, pero que no eran parte de la estructura sociopolítica del reino, como podrían ser las poblaciones tuareg.

Por otro lado, aunque la reforma parecía interesante, el resultado no fue el que el gobierno había prometido. En la práctica, la descentralización no implicó el otorgamiento de poder y capacidad de decisión para los diferentes grupos socioculturales, sino un “desentendimiento” de las responsabilidades estatales. Por ejemplo, los ministerios de finanzas locales no tenían la capacidad de cumplir con algunas de sus funciones, por lo que la descentralización trajo consigo la omisión nacional frente a problemáticas locales. Asimismo, esta política fortaleció el clientelismo y profundizó la exclusión de diversos grupos (Hetland, 2007, pp. 112-115), lo que a su vez diluyó las prácticas legales e ilegales en los intercambios comerciales y los negocios.

A pesar de esto, Konaré se mantuvo en el poder durante dos periodos presidenciales (cinco años cada uno). Más adelante, en las elecciones de 2002, Amadou Toumani Touré, el “soldado de la democracia”, ganó las elecciones y permaneció en el poder hasta 2012. Su salida sería consecuencia de un golpe de Estado y, de acuerdo con la prensa internacional, esta acción fue sorpresiva porque la democracia se había con-

1 La tradición oral señala que tras la victoria de Sundiata Keita, los líderes de diversos pueblos se reunieron en una asamblea y entregaron sus espadas como muestra de sumisión frente al gran líder. No obstante, Sundiata les regresó sus espadas para afirmar la autonomía que tendrían en la organización.

solidado en Malí. De hecho, en 2005 el Freedom House catalogó a Malí como el único Estado africano “libre” (Hetland, 2007, p. 91), que es el mayor valor categórico que se puede obtener en dicha clasificación.

A inicios del siglo XXI, periodistas estadounidenses como Pringle (2006) afirmaban que Malí era relevante para Estados Unidos, no sólo porque era un país democrático, sino también porque era un Estado de mayoría musulmana en medio de asociaciones desafiantes para la presencia estadounidense en la región (37), por lo que su alianza podría asegurar la presencia que Estados Unidos comenzaba a tener en la región. Así, la narrativa democrática se mantendría hasta 2012. Inclusive, en el informe del Freedom House de 2011 se afirmaba que Malí era una democracia electoral y seguía siendo considerada “libre”:

Aunque es uno de los países menos desarrollados del mundo, Malí ha emprendido importantes reformas políticas y económicas desde principios de la década de 1990, incluido un programa de descentralización que otorgó mayor autonomía a las comunidades locales. Malí se ha beneficiado del alivio de la deuda internacional y actualmente está trabajando con el Fondo Monetario Internacional (FMI) para mejorar su presupuesto y cumplir los objetivos del Servicio para el Crecimiento y la Lucha contra la Pobreza (Freedom House, 2011, p. 426).

A pesar del discurso externo, el malestar al interior del país era una realidad para miles de malienses. En 2012, la integridad del Estado de Malí quedó socavada, pero esto sólo fue el resultado del mantenimiento y profundización de injusticias estructurales e históricas en contra de la población. Tras la declaración de independencia del norte de Malí o Azawad y del golpe de Estado en el sur dirigido por el general Amadou Sanogo, grupos considerados terroristas comenzaron a ocupar el Azawad y amenazar con llegar a la capital. Frente a esta acción, el gobierno interino de Ibrahim Bouba-

car Keita solicitó la intervención de Francia², quien entraría con fuerzas armadas bajo la Operación Serval. Posteriormente, la Misión Multidimensional Integrada de Estabilización de las Naciones Unidas en Malí (MINUSMA) sería establecida por el Consejo de Seguridad y, meses después, se realizarían elecciones. En éstas, Ibrahim Boubacar Keita, quien además era muy cercano a la academia francesa, resultó electo como presidente (Bratton, 2016, pp. 442-443).

La injerencia extranjera agudizaría los conflictos entre algunos grupos opositores y el gobierno de Malí. Empero, en 2015, después de meses de negociaciones entre el gobierno y los grupos rebeldes, se firmarían los acuerdos de Argel. No obstante, esto no garantizaría la estabilidad en el país ni mucho menos en la región occidental del continente africano (Wing, 2016, p. 64). A pesar de la inseguridad, el gobierno de Keita se mantuvo en el poder incluso después de las elecciones de 2018, en las que fue reelegido tras la segunda ronda. En varios de los discursos de los candidatos presidenciales de ese año se hablaba de reducir la pobreza y la desigualdad (Brunet-Jailly, 2019, p. 485). No obstante, la población de Malí sigue siendo una de las más pobres del mundo, como lo demuestra su posición en la clasificación del Índice de Desarrollo Humano. Esta condición ha empeorado desde la expansión del covid-19, pero ¿cómo entender esa posición de subordinación en las dinámicas socioeconómicas internacionales?

2 Desde la perspectiva francesa, la desestructuración de Malí podría implicar el debilitamiento de países como Níger, Mauritania y Argelia, con los cuales Francia mantiene relaciones económicas estrechas. Por ejemplo, la energía nuclear es la principal fuente de electricidad en Francia y este país europeo obtiene prácticamente un tercio del uranio que requiere de Níger. Asimismo, el despliegue de grupos terroristas amenazaba los intereses económicos franceses en la región, como se puede observar con las empresas que extraen petróleo y gas en la zona, pero también los de seguridad interior. El gobierno francés señala que la expansión de los grupos terroristas en Malí podría significar un riesgo para su territorio, debido a la amplia presencia de migrantes malienses en Francia, quienes podrían ser afines a estos grupos y cometer actos terroristas en el país europeo (Henke, 2017, pp. 314-315).

Comercio, espacio abierto y medidas socioeconómicas frente a la pandemia

Desde que Malí fue incorporado al sistema capitalista, las exportaciones de oro y algodón se convirtieron en el sustento de su economía. De tal suerte, a partir de la época colonial, Malí fue reducido a un territorio para la exportación de materias primas funcionales para el desarrollo del capitalismo a escala global. Esta situación afectó, de manera simultánea, a las economías de subsistencia de los pueblos que habitaban el territorio, profundizando su dependencia a las dinámicas económicas internacionales.

Malí es el cuarto productor de recursos auríferos a nivel mundial. Empero, en el territorio también hay presencia de uranio³, diamantes, bauxita y fosfatos. Asimismo, ha habido exploraciones para extraer petróleo, en las cuales las empresas chinas y francesas han tenido un lugar predominante. De hecho, en 2005 la Corporación de Petróleo y Productos Químicos de China (SINOPEC) obtuvo licencias de perforación en sitios de Timbuktu y Gao, al norte del país (Farhaoui, 2013, pp. 37-40). Además, de acuerdo con datos de la Agencia Central de Inteligencia estadounidense (CIA por sus siglas en inglés), cerca del 80% de los ingresos que recibe Malí se deben a la exportación de recursos auríferos y de algodón. Por otro lado, Malí es el segundo productor de algodón más importante del continente africano. En 2010, 50% de los ingresos comerciales se derivaban de este producto, el cual a su vez daba sustento a cerca del 40% de la población (Boyle, 2012, p. 2).

En África occidental, la presencia e intercambios con China y Estados Unidos se ha incrementado a partir del siglo

3 A pesar de la proyección de recursos geoestratégicos, el uranio no es extraído en Malí. Sin embargo, en Níger, su país vecino, este recurso es explotado para beneficio, en gran medida, de la producción de energía eléctrica en Francia. La región donde se extrae el uranio en Níger es habitada principalmente por grupos tuareg, que fueron muy representativos en la movilización y declaración de independencia de Malí en 2012. Esto también nos permite entender los intereses franceses por intervenir en el país y mantener las fronteras políticas establecidas desde la época colonial.

XXI. Por ejemplo, para 2011, Malí producía 7% de las importaciones chinas de algodón, convirtiéndose en su principal exportador en todo el continente africano y el tercero a nivel mundial después de Australia (46%) y Estados Unidos (34%). Otro país que se ha interesado recientemente por el algodón maliense es Brasil. Inclusive, durante los primeros años del siglo XXI este país americano implementó su proyecto “algodón-4”, con el que buscaba vincularse con Malí, Burkina Faso, Chad y Benín para mejorar la competitividad algodонера. Desde 2009, los gobiernos de Brasil y Malí firmaron acuerdos para expandir la cooperación en materia de algodón con la posibilidad de ampliarla a otros mercados como el del arroz (Farhaoui, 2013, pp. 43-45).

A pesar de los proyectos algodonereros, esta industria se ha visto afectada tanto por cuestiones securitarias como, por ejemplo, el cambio climático, lo que ha puesto en riesgo uno de los principales productos de exportación de Malí (Boyle, 2012, p. 2). Asimismo, la pandemia se sumó como un elemento más para la debilidad de la economía y los negocios en Malí. Entre 2014 y 2017, el crecimiento económico en Malí había superado el 5% de acuerdo con información de la CIA. De hecho, antes de la pandemia (2019) el crecimiento económico del país fue de 4.8% de acuerdo con el Banco Mundial. No obstante, aunque el dato macroeconómico era positivo, este crecimiento no se veía reflejado en la vida de las poblaciones. En efecto, Malí seguía siendo uno de los Estados con menor Índice de Desarrollo Humano (0.427), ocupando el lugar 184 de 189 Estados (Informe sobre Desarrollo Humano, 2019, p. 347).

Este crecimiento económico se vería interrumpido por el virus del coronavirus. La pandemia del covid-19 llegó al continente africano en febrero de 2019 y, un mes después, se registrarían los primeros casos en Malí. En la región del Sahel, algunos gobiernos, como el de Níger, Chad y Burkina Faso establecieron diversas medidas para contener el virus como el confinamiento. En un primer momento, Malí no adoptó esta propuesta. Sin embargo, desde antes de la pre-

sencia del primer caso se establecieron medidas para contener la propagación de la pandemia. Algunas de las políticas establecidas fueron las siguientes (Bisson et al., 2020, p. 2):

- a) Restricciones de movimiento: toques de queda, cierre de fronteras y suspensión de vuelos internacionales.
- b) Distanciamiento social: cierre de servicios públicos, de escuelas y límites en reuniones públicas.
- c) Medidas económicas: paquete de apoyo económico y establecimiento de estructuras de emergencia administrativas.
- d) Salud pública: políticas de higiene personal, aislamiento y cuarentena, uso obligatorio de cubrebocas y control sanitario en aeropuertos y puestos fronterizos.

En muchos países del sur global, el cierre de los mercados fue una de las medidas más controversiales, debido a que estos espacios han garantizado la supervivencia de las poblaciones frente a las injusticias sistémicas. Por su parte, las restricciones de movimiento también afectaron al denominado comercio informal, que en Malí corresponde a más del 70% de la población económicamente activa de acuerdo con datos de la Organización Internacional del Trabajo (OIT). A pesar de que las medidas sanitarias pretendían contener al coronavirus para asegurar la salud de las poblaciones, las implicaciones socioeconómicas también podían agudizar las violencias e injusticias en Malí. En los discursos a nivel internacional se mencionaba que salir de casa era una práctica egoísta que nos ponía en riesgo a todas y todos. Empero, no se decía que había quienes no podían quedarse en sus hogares si querían sobrevivir.

Algunos autores han determinado que desde antes de la pandemia el comercio informal ha permitido la generación de empleos y de ingresos para comunidades alejadas de los centros económicos en Malí (Bensassi et al., 2017, p. 162). La presencia de este comercio no regulado por las instituciones estatales permitía suavizar los impactos de las injusticias sistémicas. De hecho, la llamada economía informal ha per-

mitido que las poblaciones hagan frente a las desigualdades estructurales, sobre todo considerando la desvinculación del norte del país con las dinámicas del gobierno central. En Argelia, por ejemplo, las harinas, la sémola e incluso el combustible son productos subsidiados. Por esa razón, poblaciones que habitan el desierto en Malí prefieren trasladarse a Estados vecinos como el argelino —en lugar de ir a los mercados nacionales— para comprar productos a precios más accesibles (Bensassi et al., 2017, p. 166).

Estos intercambios no son regulados por los gobiernos nacionales y muchas veces son considerados prácticas de contrabando. Sin embargo, estas dinámicas han permitido la supervivencia de muchas poblaciones. Además, garantizar un control absoluto del comercio en el desierto ha sido un reto desde la creación de los Estados independientes en la región. Antes de la colonización europea, el comercio en la zona era regulado, principalmente, por grupos nómadas, quienes protegían y cuidaban las caravanas que atravesaban el desierto. En esa dinámica coexistían organizaciones nómadas y sedentarias que interactuaban constantemente. Sin embargo, la estructura del Estado-nación impuso al sedentarismo como el modelo de desarrollo por excelencia, el que tendría que encargarse y regular el comercio y los negocios.

Desde el establecimiento de la colonización francesa, los centros comerciales serían puntos estáticos y controlados por los gobiernos coloniales y posteriormente nacionales. A pesar de eso, la regulación de flujos comerciales fue muy difícil y nunca se pudieron eliminar los intercambios realizados “fuera del Estado”. En 2014, algunos estudios indicaron que la mayoría de los puestos de control fronterizos en Malí carecían de personal o herramientas tecnológicas para supervisar el comercio de mercancías. Incluso, algunos de estos no operaban desde 2012 y en la frontera con Burkina Faso y el oeste de Níger era prácticamente imposible encontrar un puesto que estuviera en operación (Raineri y Strazzari, 2015, p. 251).

El olvido de la región norte por parte de las políticas nacionales se debe, en gran medida, a la clasificación esta-

blecida durante la colonización francesa y el hecho de que el control estatal se sustenta en la idea de propiedad privada, que es muy difícil de implementar en el desierto. Francia dividió la región sahelo-sahariana en dos tipos de espacios: el útil y el inservible (Ajayi y Crowder, 1974, p. 367). El primero correspondía a las tierras cercanas al afluente del Níger o de la sabana, mientras que el segundo comprendía el desierto. A pesar de esto, el desierto no era un espacio “vacío” o “improductivo”, era un territorio de interacciones, diálogos, intercambios, negociaciones y comercios. Para las poblaciones nómadas, el desierto no es un bien que se pueda apropiar. De hecho, se puede vivir en éste, pero no se le puede dominar.

Anteriormente, estas comunidades interactuaban en el territorio por medio del denominado derecho de paso, que permitía que las diversas poblaciones que atravesaban el desierto tuvieran acceso a riquezas esenciales, como el agua, sin acapararlas o agotarlas (Claudot-Hawad, 2006). En el desierto, el derecho de paso implicaba respeto y reconocimientos a los pueblos que lo habitaban, garantizaba la supervivencia de las comunidades y el acceso a bienes básicos. Aunque estas prácticas han cambiado a lo largo de los años, en la actualidad continúan con ciertos cambios que, desafortunadamente, han beneficiado intereses externos e incluso criminales.

El derecho de paso se ha transformado a un intercambio por silencio para el traslado de mercancías ilegales. Desde 2005, Malí se convirtió en un centro de paso de cocaína. Así, el derecho de paso de diversos grupos nómadas se ha reconfigurado como una estrategia de supervivencia frente a las desigualdades estructurales y la presencia de grupos criminales. Con esto, las poblaciones nómadas se benefician del traslado de dichos bienes, aunque de manera asimétrica, porque su conocimiento del medio les permite garantizar el traslado de los productos. Por tanto, “la inestabilidad del norte de Malí merece una mayor aclaración y debe entenderse en relación con la realidad de una economía de supervivencia y movilidad social integrada en formas permisivas/selectivas de gestión de fronteras y aplicación de la ley” (Raineri y Stra-

zzari, 2015, p. 252). Sin embargo, a pesar de que este comercio puede contribuir a que las poblaciones tengan acceso a riquezas básicas o que garanticen su supervivencia, también es cierto que frente al olvido institucional esto ha permitido el comercio de mercancías que pueden poner en peligro la vida de los habitantes, como las armas o las drogas.

La pandemia se sumó como uno de los retos frente a esta realidad. De tal suerte, el gobierno de Malí no sólo podía imponer medidas de restricción a la movilidad sin atender los aspectos económicos. Por ejemplo, a finales de marzo de 2020 el gobierno decretó un toque de queda —de 21:00 horas a 5:00 horas— y cerró las fronteras con el objetivo de reducir los flujos y aglomeraciones de personas en las calles para minimizar el número de contagios. Sin embargo, debido al contexto estructural en el que se encontraba el país, dichas acciones generaron el quiebre de pequeños negocios y el incremento de los precios de los alimentos básicos, produciendo inconformidad social (Diall, 2020). Ya para abril de 2020, el régimen estableció las siguientes políticas macroeconómicas (Confederación Sindical Internacional de la Organización Regional Africana):

- a) Proporcionó un presupuesto de 500 mil millones de francos de África Occidental (FCFA por sus siglas en francés) para apoyar a la economía nacional y los hogares más vulnerables.
- b) Creó un fondo especial de 100 mil millones de FCFA para los hogares y distribuyó 56 mil toneladas de cereales.
- c) Apoyó para el pago de recibos de agua y luz durante los meses de abril y mayo.
- d) Redujo los aranceles para las importaciones.
- e) Movilizó cerca de 20 000 millones de francos CFA a través de los bancos para apoyar al sector privado.

Por su parte, el Fondo Monetario Internacional proporcionó 120 mil millones de francos, lo que contuvo la caída del Producto Interno Bruto (PIB), pero profundizó la deuda de Malí.

En 2020 la economía estaba en recesión por la caída de la demanda privada, de la inversión pública y del turismo. La economía se contrajo y la producción de algodón cayó casi en un 80%. A esto se sumarían las consecuencias de la inundación de junio-julio, las dificultades para importar fertilizantes y la inseguridad en la región central del país. El pastoreo también se vio afectado por la pandemia y la inestabilidad en la región, poniendo en mayor riesgo la seguridad alimentaria de las y los malienses (BM, 2021, pp. 13-15).

Las medidas gubernamentales estaban enfocadas en proteger a los grandes inversionistas. De hecho, mientras la inversión pública disminuía, la extracción de oro se mantuvo. Con la pandemia, las personas pobres aumentaron en el país: cerca de 900,000 dejaron de tener ingresos necesarios para sobrevivir. Cerca de 30% de las empresas recortaron su personal permanente de trabajo, poniendo en riesgo a las poblaciones para la obtención de ingresos (BM, 2021, pp. 25-30). A pesar de estas complicaciones y los daños microeconómicos, la recuperación macroeconómica fue relativamente rápida. De acuerdo con el Banco Africano de Desarrollo, para agosto de 2020, [Malí] registró una recuperación económica con un crecimiento del 3.2% tras una contracción del 1.2% en 2020, provocada por el covid-19. Por el lado de la oferta, la expansión proviene de la agricultura (crecimiento del 2.4%) y los servicios (5.3%). Por el lado de la demanda, los factores son la inversión privada (+5.2%) y la inversión pública (+4.0%), así como el consumo de los hogares (+3.0%). El continuo aumento de los precios (4.1 % en 2021 frente al 0.5 % en 2020) se explica por el alto precio de los productos alimenticios, por el aumento de los costos de combustible y transporte y la caída del 10.5 % de la producción nacional de cereales (Banco Africano de Desarrollo).

En general, las grandes y pequeñas empresas fueron las más resilientes. En el primer caso, la explicación se relaciona con las inversiones y apoyos institucionales con los que contaron para hacer frente a la pandemia. En el segundo caso, se asume que las economías solidarias y de subsistencia

permitieron la supervivencia de estos negocios. Así, se puede observar que el interés del gobierno era salvar a los grandes empresarios, mientras que el pueblo aseguró la conservación de las economías locales. Por su parte, las empresas medianas quedaron en un limbo y se vieron profundamente dañadas por la pandemia. Asimismo, el sector de los servicios fue el más perjudicado, particularmente el vinculado con el turismo, por las restricciones de movimiento a nivel internacional. De acuerdo con las proyecciones, la recuperación de la industria en Malí será lenta, debido a que ésta depende de las cadenas de suministro regionales (BM, 2021, pp. 23-24). No obstante, a pesar de las alentadoras proyecciones macroeconómicas, las violencias e injusticias en la escala local no parecen menguar.

Implicaciones de género en el contexto de la pandemia

Aunque al inicio de la pandemia se mencionaba que el coronavirus afectaría a todas las personas por igual, sus efectos e implicaciones han demostrado ser diferenciados en función de los ejes de dominación del sistema, como puede ser clase, raza, género, nacionalidad, entre otros. Inclusive, la distribución de las vacunas ha respondido a las jerarquías y relaciones de poder del sistema internacional. En ese sentido, África ha sido el continente con el menor porcentaje de población vacunada. Para el 24 de julio de 2022, sólo el 26% de la población africana había sido vacunada con al menos una dosis, mientras que en Estados Unidos y Canadá ese porcentaje llegaba al 80%. En el caso particular de Malí, sólo el 10% de la población había sido vacunada con el esquema completo, colocándose diez puntos porcentuales por debajo del promedio continental (Holder, 2022).

Durante la pandemia, uno de los grupos más afectados por el virus del coronavirus a nivel mundial fueron precisamente las mujeres y las niñas. Con esta afirmación no me refiero a que las mujeres o niñas hayan representado el

mayor número de personas contagiadas o muertas por la enfermedad, sino a que las consecuencias socioeconómicas han afectado de manera más profunda a este sector. Inclusive, se espera que las implicaciones de la pandemia a largo plazo perjudiquen ampliamente el bienestar de las mujeres y niñas por la agudización de las violencias estructurales.

Como ya se mencionó, el covid-19 no impuso desigualdades, sino que exacerbó las ya existentes. Así, en un sistema patriarcal, la pandemia recrudeció las políticas y dinámicas machistas que acompañan la acumulación de capital. Las violencias deben analizarse desde la interseccionalidad. No como una sumatoria de opresiones, sino como un entretejido que afecta de manera diferenciada a las personas en función de los ejes de dominación impuestos por el sistema y que atraviesan las diversas corporalidades. Ser o devenir mujer es una de las aristas, pero el color de la piel es otra. En el contexto de la pandemia, estudios han demostrado que es 4.2 veces más probable que los hombres afrodescendientes mueran por alguna enfermedad o complicación del covid-19 en relación con las poblaciones blancas. En el caso de las mujeres afrodescendientes, el número se incrementaba una décima (Pennant, 2022, pp. 534-536).

En el continente africano, gran parte de la economía que dominan las mujeres se desarrolla en el denominado espacio informal (Zhanda et al., 2021). Durante la colonización, la imposición de la división entre el espacio público y el privado obligó a las mujeres a permanecer en los hogares y no recibir una remuneración por su trabajo. Sin embargo, frente a la precarización y la migración de los varones, las mujeres tuvieron que desarrollar estrategias de supervivencia. La agricultura de subsistencia y la economía informal/ de supervivencia fueron dos ejemplos de cómo las mujeres refuncionalizaron la subordinación en el sistema capitalista. Por esa razón, las medidas de distanciamiento y el control de la movilidad las afectaron directamente. Asimismo, de acuerdo con información del African Human Capital Project

(2020), durante la pandemia del covid-19 hubo más mujeres que reportaron haber perdido sus empleos, en comparación con los hombres.

Las niñas, en particular, fueron perjudicadas por las medidas sanitarias. Como consecuencia de la pandemia, muchos colegios tuvieron que cerrar y diversas estudiantes no pudieron continuar con sus actividades a distancia, debido a que tenían que ayudar económicamente a sus familias o porque los territorios no cuentan con el acceso a medios tecnológicos para continuar con las actividades académicas a distancia. En África central, por ejemplo, 60% de las niñas dejaron de tener acceso a materiales educativos por el cierre de las escuelas frente al 44% de los varones (African Human Capital Project, 2020).

Analizando lo que sucedió durante la epidemia del ébola en África occidental, el Banco Mundial (2021) proyectaba que la mayoría de las niñas en Malí ya no regresaría a las escuelas en el largo plazo, porque durante este periodo serían obligadas a contraer matrimonio y olvidarse de su formación profesional (33). Frente al cierre de las escuelas, como medida para contener el covid-19, muchos hombres rurales en Malí tuvieron que dirigirse a las zonas mineras para obtener ingresos, sobre todo considerando que la extracción aurífera no se detuvo. Por su parte, las mujeres se desplazaron a las ciudades para trabajar en servicios domésticos y otras más fueron obligadas a casarse. Desde antes de la pandemia, en Malí el 52% de las mujeres se casaban o eran obligadas a casarse antes de los 18 años, y desde la pandemia las cifras se han incrementado (African Human Capital Project, 2022, p. 3).

En este punto, más allá de cuestionar o juzgar los orígenes del matrimonio infantil, de identificar lo que entendemos por niñez o contraponer juicios morales frente a discursos culturalistas, es importante señalar que en el sistema patriarcal los principales beneficiarios de estos matrimonios son los varones. La práctica refuerza los comportamientos sexo-genéricos impuestos por el sistema moderno colonial, al proyectar a las mujeres exclusivamente como madres o

esposas al estilo judeocristiano. Con esto se consolidan los espacios introyectados por género y se sigue asumiendo que el hogar o el espacio público es el lugar por excelencia de las mujeres. Por otra parte, a pesar de que se piensa que ésta es una práctica tradicional y atávica, en Malí el matrimonio infantil se ha incrementado durante las últimas tres décadas, de acuerdo con un estudio de Male y Wodon (2018, p. 265), lo cual coincide con la implementación de los programas de ajuste estructural y el discurso internacional de que el régimen había adoptado la democracia.

Valencia (2014) identifica el despliegue del neoliberalismo como una de las causas que explican el incremento de las violencias contra las mujeres. Durante ese periodo, el modelo tradicional de masculinidad hegemónica, vinculado con la idea del macho proveedor, se vio trastocada por la caída de los ingresos, por el desempleo y por el hecho de que para que las familias pudieran subsistir, las mujeres tenían que trabajar. De tal suerte, una de las formas en las que los varones procuraron recuperarse de esa desvirilización fue por medio de “herramientas de necro-empoderamiento [que] obedecen y encarnan, de forma exacerbada, una amalgama entre las demandas de la masculinidad hegemónica y las demandas del capitalismo global contemporáneo” (p. 73). De tal suerte, el incremento de los matrimonios infantiles podría ser una de esas prácticas necroempoderantes que se sustentan en contra de los cuerpos y deseos de las mujeres.

Por otra parte, la pandemia también disminuyó el acceso a servicios de salud para las mujeres. En el caso de Malí, los partos en hospitales decrecieron entre un 7% y un 11% (African Human Capital Project, 2022). Además, la pandemia también afectó el control de la salud reproductiva que tenían las mujeres, ya sea porque no podían acceder a métodos anticonceptivos en los centros de salud o por la presencia de los maridos en casa, quienes se oponían a un control natal (ONU, 2020). Otra de las graves implicaciones de la pandemia en contra de las mujeres fue el incremento de la violencia ejercida contra ellas. En Malí, los registros sanitarios y

policiales registraron un aumento en los casos de violencia doméstica y de género. Este tipo de violencia se acrecentó de manera considerable en muchos países del mundo. En el caso del continente africano, los más preocupantes fueron Uganda con un incremento del 81 %, Sudáfrica con un 70% y Etiopía con un 68%. No obstante, a pesar de que las cifras son alarmantes, es probable que los datos estén subrepresentados por la imposibilidad, amenaza o revictimización a la que se enfrentan muchas mujeres al denunciar (African Human Capital Project, 2022).

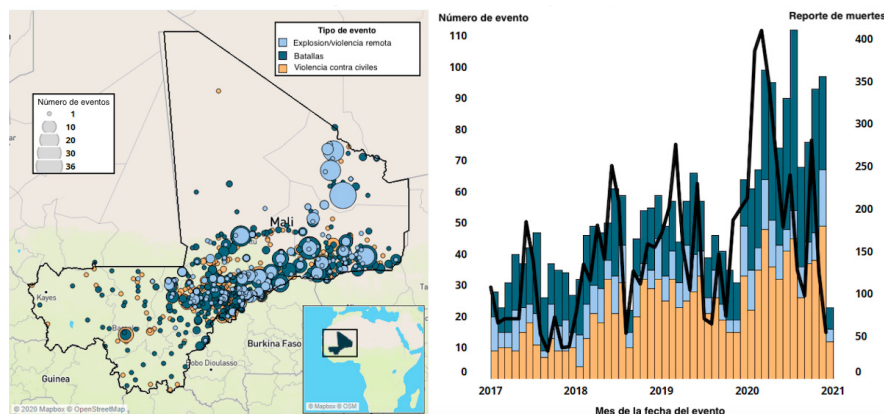
En Malí, de abril de 2019 a abril de 2020, hubo un incremento de la violencia doméstica en 35 puntos porcentuales. De ese total, 36% fueron casos de agresión sexual. De hecho, el 20% respondió a violación. Por otra parte, el 48% de los casos reportados fueron hechos por mujeres menores de 18 años, lo que demuestra cómo esa violencia abarca los cuerpos de las mujeres a cualquier edad y durante la pandemia se profundizó en la niñez. En sintonía con lo argumentado por Valencia (2014), algunos estudios han demostrado que la compleja situación económica de las familias es uno de los factores que contribuyen al incremento de la violencia doméstica contra las mujeres. Asimismo, el cierre de bares y clubes nocturnos son factores que también explican dicho aumento (ONU, 2020, pp. 4-5), lo que nos obliga a cuestionar las bases estructurales del sistema en el que vivimos.

Movilización social y dinámicas geopolíticas contemporáneas

Además del incremento de las violencias contra las mujeres y las niñas, la región del Sahel en general se ha visto dominada por la presencia y control territorial de fuerzas foráneas y grupos denominados terroristas. La violencia se ha concentrado en la región sureste de Malí y en la frontera con Níger y Burkina Faso. En 2020, el asesinato de civiles fue mayor que en los años anteriores tanto en Níger como en Malí. De tal suerte, aunque las medidas sanitarias pretendían prote-

ger las vidas, la inestabilidad no permitió que esto ocurriera. Muchas personas murieron durante ese año y no fue por la pandemia. Por otro lado, a partir de ese año hubo dos golpes de Estado: uno en agosto de 2020 y otro en mayo de 2021. En el segundo, Francia rompió relaciones inicialmente debido a las demandas locales que señalaban que la ex metrópoli había apoyado a regímenes no democráticos. No obstante, un mes después se restablecieron las relaciones (Nsaibia, 2021, pp. 30-33).

Figura 1. Violencia Política Organizada en Mali
(1 de enero de 2017 - 12 de diciembre de 2020)



Fuente: Nsaibia (2020).

La violencia que se ha propagado en el país ha estado acompañada de un despliegue cada vez más significativo de actores internacionales. Por ejemplo, desde 2002 Estados Unidos comenzó a reforzar su presencia en Malí y en la región occidental del continente africano con la implementación de la Iniciativa Pan Sahel, que cinco años después se convertiría en la Asociación Contraterrorista Transahariana (Farhaoui, 2013, p. 34). A esto se sumaría el establecimiento del Comando África de Estados Unidos y la instalación de bases militares pequeñas y ligeras en toda la zona. Por su parte, después de la declaración de independencia del Azawad y de la soli-

cidad de asistencia militar por parte del gobierno maliense a Francia en 2013, este país europeo ha desplegado su intervención por medio de operaciones militares como Serval, Barkhane y Takuba. La presencia extranjera ha reforzado la militarización del país. Inclusive, después de 2013, el gasto en defensa militar del gobierno maliense pasó del 10% de los ingresos estatales al 21% (Gazeley, 2022, p. 4).

Hacer frente a la inseguridad humana por medio de la militarización es algo que ha generado mucho descontento entre las poblaciones de Malí, quienes desconfían de la presencia de la ex metrópoli y de los organismos financieros regionales e internacionales, porque no han visto un cambio en su bienestar o seguridad desde su presencia. Al contrario, las cosas han empeorado desde la implementación de programas económicos y operaciones militares. Por ejemplo, tras el golpe de agosto de 2022, la Comunidad Económica de los Estados del África Occidental (CEDEAO) bloqueó el comercio exterior y los flujos financieros. Con esto agravó las perturbaciones comerciales creadas por la pandemia, al limitar aún más el acceso a insumos y servicios críticos para las empresas, interrumpir el transporte transfronterizo de bienes y suspender los pagos internacionales. El comercio minorista, el transporte y las telecomunicaciones, ya golpeados por la pandemia, también fueron los más afectados por las perturbaciones provocadas por el golpe. Estos sectores dependen de las cadenas de suministro regionales, ya que obtienen sus importaciones a través de los puertos vecinos de Abiyán y Dakar (BM, 2021, p. 13).

Estas medidas afectan directamente a las poblaciones malienses, quienes se han organizado para manifestarse en contra de las sanciones impuestas por este tipo de organismos. Por su parte, la forma en que Francia ha intervenido para “garantizar la paz” en el país ha sido por medio del control del espacio aéreo, lo que ha generado “muchas víctimas, [y ejercicios] de legalidad poco clara según el derecho internacional humanitario, que siguen a reveses militares” (Gazeley, 2022, p. 12). Después del golpe de mayo de 2021,

la postura de los líderes militares y de gran parte de la población de Malí fue clara: estaban en contra de la presencia militar francesa, porque desde su llegada la violencia sólo se ha incrementado y los grupos terroristas se han desplegado por el territorio. De hecho, aunque Francia ha justificado la intervención desde preceptos humanitarios, la población la piensa como una ocupación (Rono, 2021).

No obstante, Estados Unidos y Francia no son los únicos actores involucrados en el conflicto. Desde 2019, Francia ha criticado la presencia de Rusia en Malí, ya sea por medio de acuerdos gubernamentales o por el despliegue de fuerzas de grupos de seguridad privada como ocurre con Wagner. En 2019, los gobiernos maliense y ruso revisaron un acuerdo de cooperación defensiva y firmaron un Acuerdo de Cooperación Militar. Dos años después, Rusia envió cuatro helicópteros militares a Malí. Así, aunque la presencia parece insignificante, ésta demuestra que la disputa intercapitalista también se está materializando en Malí. Inclusive, a partir de ese año, los grupos militares malienses que se encuentran en el poder han señalado que prefieren el acercamiento con Rusia al de Francia (Rono, 2021), lo que puede complejizar las dinámicas de violencia en la región por los intereses que la exmetrópoli tiene en la zona.

A pesar de la inestabilidad y la violencia, de acuerdo con el Banco Africano de Desarrollo (BAD), la economía maliense se está recuperando. Tras la pandemia y los golpes de Estado, el crecimiento económico volvió a alcanzar el 3% en 2022. No obstante, se espera que para 2023 éste se contraiga al 2.1% como consecuencia de la guerra en Ucrania. Frente a este contexto, cuestionar y replantear las formas en las que el desarrollo se ha vinculado con el crecimiento económico es un elemento central si queremos garantizar la vida en este planeta.

En su estudio sobre la actualización económica en Malí, el Banco Mundial señaló que los hogares de ingresos bajos fueron los que mejor hicieron frente a los riesgos por los bloqueos en las cadenas de suministro, como consecuencia

de la pandemia. Esta situación, aunque parece contradictoria, no es fortuita. De hecho, el mismo organismo señala que las economías de subsistencia son las que explican esta relación. A pesar de eso, en sus recomendaciones sigue favoreciendo la llegada de grandes inversiones y medidas que no se preocupan por las economías locales y que no cuestionan las consecuencias de su modelo de desarrollo (BM, 2021, p. 36).

La pandemia del covid-19 no se puede entender sin la crisis socioecológica por la que está atravesando el sistema capitalista. Así, soluciones o alternativas realmente funcionales tendrán que cuestionar las mismas bases del sistema. Es decir, si nos centraremos en reproducir la vida, entonces las formas de acumulación y valorización de capital deben desaparecer. Las economías solidarias y de subsistencia, ampliamente criticadas por los organismos financieros internacionales por considerarlas no productivas, fueron las que garantizaron la supervivencia de muchas comunidades alrededor del mundo, particularmente en Malí. De tal suerte, analizar estas propuestas y desanclarlas de las lógicas de desarrollo de la modernidad capitalista colonial patriarcal, podría proporcionar algunas pistas para vivir con dignidad.

Reflexiones finales

A partir de la colonización francesa, Malí fue incorporado al sistema mundo como un espacio para la extracción. A pesar de la independencia, los gobiernos mantuvieron los discursos coloniales, las economías extractivas y las desigualdades, lo que ha generado diferentes movilizaciones sociales a lo largo de su historia. En 2011, grupos del Azawad declararon la independencia del norte de Malí y en el sur un grupo de militares, encabezados por el general Sanogo, dieron un golpe de Estado. Dos años después, fuerzas militares francesas y grupos denominados terroristas se desplegaron a lo largo del territorio, generando diferentes violencias en el país. La inestabilidad política por la que estaba atravesando Malí se acompañó de la crisis socioecológica y posteriormente por la presencia del covid-19 en el territorio.

A pesar de estos elementos, Malí ha logrado mantener un crecimiento económico. Empero, las desigualdades y violencias en contra de las poblaciones demuestran que ese crecimiento no se está distribuyendo entre la comunidad. Con el covid-19, estas desigualdades e injusticias se profundizaron. Uno de los grupos más afectados fueron las mujeres y las niñas, quienes han sufrido la agudización de la violencia doméstica y de su exclusión de la vida social por el mandato masculino. Antes y durante la pandemia, el gobierno de Malí implementó medidas para contener la propagación del virus y apoyar a la gran industria. No obstante, los sectores pequeños y locales lograron sobrevivir gracias a las economías de subsistencia y de supervivencia, en las cuales las mujeres juegan un papel central.

Aunque las restricciones a la movilización en el contexto de la pandemia se incrementaron, la presencia de actores que disputan la hegemonía capitalista no se detuvo. Desde 2019, Rusia ha comenzado a tener mayor presencia en Malí y la población se ha mostrado favorable a su asistencia, sobre todo porque Francia ha intervenido por años y las condiciones sociales han empeorado. Sin embargo, el modelo ruso no cuestiona las formas en las que producimos, no debate sobre las maneras en las que consumimos, distribuimos y desechamos; no es, desde mi perspectiva, una alternativa real.

El covid-19 no se entiende sin las transformaciones que los sujetos capitalistas han hecho al planeta para garantizar su acumulación y valorización de capital. Por eso, para proteger la vida no sólo necesitamos encerrarnos en casa, también debemos modificar nuestra cotidianidad: debemos desestructurar el sistema. Las alternativas y propuestas de las poblaciones que históricamente han sido subordinadas son ejemplos que permiten cuestionar lo que hemos entendido como desarrollo, economía y negocios. Asimismo, proporcionan ideas en torno a cómo podríamos vivir en un sistema diferente y que realmente se preocupe por la vida.

El desarrollo, analizado desde la lógica de la acumulación, ha significado la mejora de ciertos sectores a expensas de otras y otros (Mies, 1998, p. 8), lo cual se puede observar

actualmente con la distribución de las vacunas a nivel mundial y las implicaciones diferenciadas de la pandemia (Holder, 2022). En ese sentido, la economía visible del capital y la fuerza de trabajo han ocultado la economía que le ha dado sustento —las y los trabajadores informales, la agricultura de subsistencia, el trabajo de las mujeres, de las poblaciones del llamado sur global y la naturaleza en general—, para el progreso y acumulación “sin límites” del capital (Mies, 1998, p. 10). Sin embargo, esa economía “invisible”, desvalorizada, es la que ha garantizado la supervivencia de las poblaciones excluidas por el sistema.

Por ejemplo, en Limpopo, Sudáfrica, la agricultura de subsistencia proporcionaba un complemento alimenticio para cuatro millones de personas durante los primeros años del siglo XXI. Así, este tipo de agricultura ha contribuido a la seguridad alimentaria de las comunidades, a la diversificación de la alimentación y al impulso de la producción de riquezas y comestibles locales (Aliber y Hart, 2009). Además, al no sustentarse en una producción masiva, tampoco deslocaliza la producción ni los desechos, por lo que puede ser más armónica con las dinámicas de la tierra. En Malí, desde antes del golpe de Estado de 2011, campesinas y campesinos se organizaron con otros agricultores del mundo en la Conferencia Nacional de Organizaciones de Agricultores. En este espacio debatieron las implicaciones del acaparamiento de tierras por parte de empresas y Estados. En esa reunión se señalaba que si se considera que el 80% de la población de Malí obtiene su reproducción de las actividades agrícolas, se aprecia aún más el impacto del despojo de tierras, especialmente en un contexto de aumento de los precios mundiales de los alimentos. Las comunidades campesinas han sido desalojadas por la fuerza de sus tierras y sus tierras vendidas —o en la mayoría de los casos alquiladas— a empresas transnacionales de agronegocios, a pesar de que la legislación actualmente vigente no lo permite (Martiniello, 2013, p. 312).

De tal suerte, las reivindicaciones sociales en Malí, que no sólo cuestionan la presencia de potencias que incre-

mentan las violencias en sus tierras, también están debatiendo sobre las desigualdades e injusticias impuestas por los sujetos capitalistas. Estos planteamientos son fundamentales en el contexto de la crisis sanitaria y socioecológica, porque si se pretende proteger y poner en el centro a las vidas, entonces la forma de producción tiene que ser desmantelada. Si seguimos dominando la tierra, explotando la naturaleza y valorizando el capital, es probable que otras enfermedades como el covid-19 se desplieguen por el orbe. Lo que es peor, si mantenemos ese modo de producción, no habrá planeta para sustentar el consumo y estándares moderno-coloniales de desarrollo. La agricultura de subsistencia ha sido despreciada e incluso considerada un obstáculo para el desarrollo. Sin embargo, diferentes ejemplos nos demuestran que ésta garantiza la supervivencia de miles de millones de personas, y que, además, pretende proteger e interactuar en una relación más horizontal con los comunes.

Referencias

- African Human Capital Project (2022). *Assessing the Damage. Early Evidence of Impacts of covid-19 Crisis on Girls and Women in Africa*. World Bank.
- Ajayi, J. F. y Crowder, M. (1985) *History of West Africa* (Vol. 1). Longman Group.
- Aliber, M. y Hart, T. (2009). Should subsistence agriculture be supported as a strategy to address rural food insecurity? *Agrekon*, 48(4), 434-458. <https://doi.org/10.1080/03031853.2009.9523835>
- Balde, R., Boly, M. y Avenyo, E. (2020). *Labour market effects of covid-19 in sub-Saharan Africa: A informality lens from Burkina Faso, Mali and Senegal*. Naciones Unidas University, Maastricht University.
- Banco Africano de Desarrollo (BAD). (2022). *Perspectives économiques au Mali*. Groupe de la Banque Africaine de Développement. <https://www.afdb.org/fr/countries/west-africa/mali/mali-economic-outlook>
- Banco Mundial (BM). (2021). *Mali: Understand covid-19's impacts for better actions*. <https://www.worldbank.org/en/news/feature/2021/08/11/mali-understand-covid-19-s-impacts-for-better-actions>

- Bensassi, S., Brockmeyer, A., Pellerin, M. y Raballand, G. (2017). Algeria-Mali trade: the normality of informality. *Middle East Development Journal*, 9(2), 161-183. <http://doi.org/10.1080/17938120.2017.1353767>
- Berkeley University. (s.f). *Journey to Mali: 1350-1351*. <https://orias.berkeley.edu/resources-teachers/travels-ibn-battuta/journey/journey-mali-1350-1351>
- Bisson, L., Schmauder, A. y Claes, J. (2020). *The Politics of covid-19 in the Sahel*. Clingendael Institute.
- Bratton, M. (2016). Violence, displacement and democracy in post-conflict societies: evidence from Mali. *Journal of Contemporary African Studies*, 34(4), 437-458, <https://doi.org/10.1080/02589001.2016.1269880>
- Brunet-Jailly, J. (2019). L'évolution des niveaux de vie au Mali : promesses politiques et incertitudes statistiques. *Canadian Journal of African Studies / Revue canadienne des études africaines*, 53(3), 485-494, <https://doi.org/10.1080/00083968.2019.1667247>
- Claudot-Hawad, H. (2006). Sahara et nomadisme L'envers du décor. *Revue des Mondes Musulmans et de la Méditerranée*, 111-112(56), 221-244.
- Diall, Y. S. (2020). *The effects of covid-19 on the situation in Mali*. The African Centre for the Constructive Resolution of Disputes, Conflict and Resilience Monitor.
- Farhaoui, F. (2013). Geopolitic and Geoeconomic Dimensions of the Mali Crisis. The Great Power struggle for Africa. *International Strategic Research Organization*, 33-58.
- Gazeley, J. (2022). The Strong 'Weak State': French Statebuilding and Military Rule in Mali. *Journal of Intervention and Statebuilding*, 16(3), 269-286, <https://doi.org/10.1080/17502977.2022.2030627>
- Henke, M. (2017). Why did France intervene in Mali in 2013? Examining the role of Intervention Entrepreneurs. *Canadian Foreign Policy Journal*, 23(3), 307-323, DOI<https://doi.org/10.1080/11926422.2017.1352004>
- Hetland, Ø. (2007). The Politics of Decentralisation in Mali: The Prospects for Local Democracy. *Forum for Development Studies*, 34(1), 91-119. <https://doi.org/10.1080/08039410.2007.9666367>
- Holder, J. (2022, 24 de julio). Tracking Coronavirus Vaccinations Around the World'. *New York Times*. <https://www.nytimes.com/interactive/2021/world/covid-vaccinations-tracker.html>
- International Labour Office (ILO). (s.f.). *Mali*. https://www.ilo.org/global/topics/employment-intensive-investment/countries/WCMS_327090/lang-en/index.htm

- ITUC-AFRICA (2020). *Mali's response to the covid-19 pandemic*. <https://www.ituc-africa.org/Mali-s-response-to-the-covid-19-pandemic.html?lang=en>
- Male, Ch. y Wodon, Q. (2018). Girls' Education and Child Marriage in West and Central Africa: Trends, Impacts, Costs, and Solutions. *Forum for Social Economics*, 47(2), 262-274. <https://doi.org/10.1080/07360932.2018.1451771>
- Martiniello, G. (2013). Land dispossession and rural social movements: the 2011 conference in Mali. *Review of African Political Economy*, 40(136), 309-320. <https://doi.org/10.1080/03056244.2013.797762>
- Mies, M. (1998). Globalization of the Economy and Women's Work in a Sustainable Society. *Gender, Technology and Development*, 2(1), 3-37. <https://doi.org/10.1080/09718524.1998.11909879>
- Moestrup, S. (1999). The role of actors and institutions: The difficulties of democratic survival in Mali and Niger. *Democratization*, 6(2), 171-186. <https://doi.org/10.1080/13510349908403616>
- Naciones Unidas (2020). *Study on the impact of covid-19 on gender-based violence in Mali*. UNFPA y ONU mujeres, https://fscluster.org/sites/default/files/documents/study_impact_covid_19_on_gbv._fv_english.pdf
- Niane, D. T. (1979). El fabuloso imperio del Mali. *El Correo de la UNESCO*, XXXII, 60-65.
- Niane, D. T. (1985). Malí y la segunda expansión manden. En *Historia General de África IV África entre los siglos XII y XVI*. Tecnos-UNESCO.
- Nsaibia, H. (2021, 5 de agosto). The Sahel: Insurgency and fragile politics at the center of an undebated crisis. En T. Lay, R. Kishi y S. Jones (Eds.) *Mid-Year update: 10 conflicts to worry about in 2021* (pp. 30-33). The Armed conflict location and event data project (ACLED). <https://acleddata.com/2021/08/05/mid-year-update-10-conflicts-to-worry-about-in-2021/>
- Nsaibia, H. (2020, 17 de diciembre). *Mali: any end of the storm?* ACLED. <https://acleddata.com/2020/12/17/mali-any-end-to-the-storm/>
- Pennant, A-L. (2022). Who's checkin' for Black girls and women in the "pandemic within a pandemic"? covid-19, Black Lives Matter and educational implications. *Educational Review*, 74(3), 534-557. <https://doi.org/10.1080/00131911.2021.2023102>
- Plan International. (s.f.). *How covid-19 is impacting girls and women in Mali*. <https://plan-international.org/mali/case-studies/how-covid-19-is-impacting-girls-and-women-in-mali/>
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. (2019). *Informe sobre Desarrollo Humano 2019. Más allá del ingreso, más allá de los*

- promedios, más allá del presente. Desigualdades del desarrollo humano en el siglo XXI*. https://hdr.undp.org/system/files/documents/hdr2019espdf_1.pdf
- Pringle, R. (1976). Mali's Unlike Democracy. *The Wilson Quarterly*, 30(2), 31-39. <https://www.jstor.org/stable/40261075>
- Raineri, L. y Strazzari, F. (2015). State, Secession, and Jihad: The Micro-political Economy of Conflict in Northern Mali. *African Security*, 8(4), 249-271, <https://doi.org/10.1080/19392206.2015.1100501>
- Rono, M. (2021, 2 de octubre). Mali's plan for Russia mercenaries to replace French troops unsettles Sahel. *BBC*. <https://www.bbc.com/news/world-africa-58751423>
- Valencia, S. (2014). Teoría transfeminista para el análisis de la violencia machista y la reconstrucción no-violenta del tejido social en el México contemporáneo. *Universitas Humanística*, 78, 65-88. <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/univhumanistica/article/view/6392>
- Wing, S. (2016). French intervention in Mali: strategic alliances, long-term regional presence? *Small Wars & Insurgencies*, 27(1), 59-80. <https://doi.org/10.1080/09592318.2016.1123433>
- Zhanda, K., Garutsa, N., Dzvimbo, M. y Mawonde, A. (2022). Women in the informal sector amid covid-19: implications for household peace and economic stability in urban Zimbabwe. *Cities & Health*, 6(1), 37-50. <https://doi.org/10.1080/23748834.2021.2019967>